

Cualquiercosario

Dadme un prejuicio y moveré el mundo (II)



Valentine de Saint Point, nieta del famoso poeta romántico francés Alfonso de Lamartine (1790-1869), en su "Manifiesto de la Mujer Futurista" (1912) presentó una escandalosa versión del sexo femenino (para aquellos lejanos y revolucionarios comienzos de nuestro siglo) que, seguramente, Angela Vicario, su madre, sus hermanas y sus amigas nunca leyeron a pesar de vivir por lo menos, en los alrededores de 1940-1950.

Pero, la simple lectura del Manifiesto no es lo importante, sino que "en el jamás de los jamases" se pudieron imaginar su contenido o soñar que pudieran existir mujeres "honestas" como las allí descritas. Para Angela Vicario, (la que no llegó virgen al matrimonio y prefirió el crimen antes que delatar a su

verdadero "autor") la solución del enigma planteado por las "mujeres futuristas" estaría en llamarlas depravadas y prostitutas como a las mulatas pupilas de María Alejandrina Cervantes. Y con esto tranquilizaría su conciencia y la de su entorno social.

El mundo de la Mujer marchaba y marcha a dos puntas y en el lejanísimo rincón colombiano donde Gabriel García Márquez ubica su "Crónica de una muerte anunciada" nadie podría penetrar públicamente las ideas de Valentine de Saint Point que detestaba el histrionismo sentimental del amor, con sus siniestros andrajos románticos y quería "hacer de la lujuria una obra de Arte".

En esta novela, los personajes detonantes de la identidad social (como las "matriarcas") descalifican el sexo

como una aberración que debe ser reprimido. El genitalismo es negado ferocemente aunque a menudo se testimonia una invisible nostalgia. Por ejemplo, el narrador-personaje previno a Santiago Nasar que: "halcón que se atreve con garza guerrera, peligros espera", o sea, que la mujer cuando es consciente de su opulencia sensual es co-partícipe y por lo tanto enemiga del predominio posesivo del varón. Por eso se acumulan los conceptos despectivos:

"Ella (María Alejandrina Cervantes) fue su pasión desquiciada, su maestra de lágrimas a los 15 años, hasta que Ibrahim Nasar se lo quitó de la cama a correazos y lo encerró más de un año en 'El Divino Rostro'. Desde entonces siguieron vinculados por un afecto serio, pero sin el desorden del amor y ella le tenía tanto respeto que no volvió a acostarse con nadie si él estaba presente."

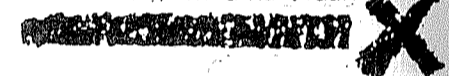
El triunfo de los sentimientos delicados ("afecto serio") en esta pareja tan dispar (recuerdo la Colette de "El trigo en flor") supera la etapa del sexo con la urgencia propia de algo prohibido; pero luego en la gran pareja formada por Bayardo San Román y Angela Vicario se repetirá un esquema similar: Cuando eran jóvenes y eficaces para el "amor" los separaron 23 años de tabúes e incomprendimientos, pero al llegar la vejez Bayardo vuelve a un hogar que duró breves horas para quedarse definitivamente con Angela: "Un medio día de agosto, mientras bordaba con sus amigas, sintió que alguien llegaba a la puerta. No tuvo que mirar para saber quién era. 'Estaba gordo y se le empezaba a caer el pelo, y ya necesitaba espejuelos para ver de cerca', me dijo. '¡Pero era él, carajo, era él!'. Se asustó, porque sabía que él la estaba mirando tan disminuida como ella lo estaba viendo a él, y no creía que tuviera dentro tanto amor como ella para soportarlo." Aquí el "amor" se desarrola cuando el sexo ya se desposeyó de sus primeras exigencias, y de una Angela Vicario que no hizo nada para retener a su marido en la noche de bodas ("los artificios de comadrona que le habían en-

señado para engañar al esposo") y de una Angela Vicario que al verlo su primer juicio fue: "se me parecía el diablo", pasará luego a volverse "loca de amor" por Bayardo y escribirle años y años sin obtener ninguna respuesta.

Esto me suena a un eco tergiversado del juicio que Purísima del Carmen, madre de Angela, le endosa a su hija: "El amor también se aprende" y ella lo aprendió cuando el sexo fue soslayado. De la misma forma Divina Flor, hija de Victoria Guzmán, cuando ya está "gorda y mustia" dirá como una evocación de aquel Santiago ya muerto hace 23 años, que la perseguía por los corredores y la quería "desbravar": "No ha vuelto a nacer hombre como ese". En fin, todo esto responde a un meta-discurso ideológico que actúa como un programa de vida inflexible y orienta las conductas de hombres y mujeres. Este extraño "bachillerato" culmina con la educación propuesta por la madre de Angela para sus hijas: "las cuatro eran maestras en la ciencia antigua de velar a los enfermos, confortar a los moribundos y amortajar a los muertos... Cualquier hombre será feliz con ellas porque han sido criadas para sufrir".

Lo deslumbrante del sufrimiento es que nunca puede ser reducido a lo individual, sino que se propaga en su entorno, como un cono de luz, y se hace colectivo. Angela fue criada para sufrir y propagó su sufrimiento por su entorno; especialmente a su gran amor Bayardo San Román, causó la muerte de Santiago, hijo único de Plácida y transformó a sus pobres hermanos en asesinos etc. Pero, ¡Oh! dialéctica de la ideología y la contradicción, así pudo llegar a las grandes esferas del amor en la Literatura y se coloca en la fila integrada por Francesca, Melibea, Julieta, Margarita y Ana Karenina.

Jorge Medina Vidal



Formas de la escritura

El Re(den)tor

La voz poética de Rafael Gomsoro (n.1946) es una de las más recientes de la actualidad lírica uruguaya, y sus dos libros éditos han merecido notas bibliográficas en la prensa capitalina que no coinciden plenamente en su valoración crítica.

No obstante importa advertir que pertenece a la última de las promociones y que, por lo tanto, su quehacer tiene un comienzo cuyo contexto es el de la última década de la vida y cultura nacionales. Como se verá de inmediato, esta realidad nuestra gravita en varios de sus textos que se cumplen en mayor o en menor grado no con respecto a esa "referencialidad", sino a su índole artística. Valen en tanto creación verbal capaz de comunicar y recrear estéticamente vivencias de un hombre que expresándose a través de una voz asumida revela incuestionablemente su condición de hombre situado.

Su primer volumen fue de 1981, titulado "Hemisferios de silencio". El segundo de 1983 y su título es "El Redentor". Ambos son dos breves poemarios y de edición montevideana.

El primero de los citados tiene un extenso y elaborado prólogo de Xavier Abril, en el que se formulan observaciones o comprobaciones hechas frente al estreno de una voz lírica, rigurosas y puntuales tanto en los valores verificados como en las carencias, ausencias o peculiaridades. Con respecto a estas últimas aclara que "no es un cargo, apenas una comprobación de los límites en que está encerrado —lúcidamente en lo suyo íntimo—. Aclaración que es coherente con el párrafo final, por demás significativo: "Le ha nacido, sin duda alguna, al Uruguay, en la figura de Rafael Gomsoro, un poeta sin tregua, cuyo mensaje, luminoso y sombrío, es el de desvivirse, sin pausa, en una agonista Esperanza".

Y bien, esos hemisferios de silencio

son los del mundo interior y los del mundo propiamente dicho, al mismo tiempo. Son las dos mitades en las que se divide su percepción y expresión ontológica. Son el hemisferio de la palabra y de la palabra ausente aunque esperada y deseada. Esta segunda palabra no dicha vuelve a la otra un vacío. Y quien dice palabra, está diciendo al hombre y a su cultura en la que el monstruo de la guerra exhibe síntomas apocalípticos. La vivencia de esos síntomas que son emergentes visibles en la realidad, no generan en la voz del poeta un tono admonitorio. Por el contrario, motivan un impulso de redención cuya naturaleza definiremos más adelante, y cuyo estatuto es literario.

Los dos hemisferios son asimismo las partes constitutivas de un todo hecho de lo inefable y de lo redimible a través de la palabra concebida como equivalencia: decir = ser. Con la inseparabilidad de vida y muerte a través de la que se advierte una raíz religiosa en su poesía. Y ella aparece en la primera de las composiciones de volumen, que puede ser considerada como un verdadero pórtico. Dice: "Del tiempo y del silencio/no digas nada./Vida y muerte:/ dualidad inseparable/ del camino."

En este texto tan breve como sencillo y sentido parecen evidentes dos cosas: una reminiscencia machadiana y una concepción trascendente del camino como metáfora de la vida, en virtud del contexto. Los hemisferios son pues el de la vida y el de la tras-vida. Lo inseparable de esa dualidad no será vivido como aherrojamiento existencial, tampoco en su aspecto patético, sino como certeza y certidumbre que se apoya en la fe y que hace de ella una praxis.

De esta concepción justamente es de donde surge el segundo de sus libros. Pero antes de pasar a su consideración, resulta oportuno señalar que la segunda de las secciones de "Hemisferios de silencio", se titula "La guerra". Y ella implica una vivencia en la que la dolorosa sin-

cronía de lo universal y lo nacional hace que la frontera de su dolor no sea otra que la del Hombre. Porque al fin de cuentas todo es uno y todos somos Uno.

Se comprenderá por qué decíamos párrafos más arriba que su voz poética revelaba su condición de hombre situado. Y no precisamente en una postura contemplativa sino conmisericordia, activa.

Veamos cómo en un texto se dice lo que tantos podemos sentir frente a las imágenes de la retórica fragmentaria y descontextualizadora de un noticioso televisivo (debieramos decir un parte de guerra, mejor), o lo que tantos podemos sentir ante la realidad de la familia uruguaya. Se trata de la poesía que inaugura la sección mencionada, luego de un epígrafe paratextual casi redundante por su manifestación directa. La poesía señalada con el número respectivo como la mayoría de ellas, dice: "En este espacio ha nacido/entre los dedos de un muerto/una flor de sangre/y un silencio de reptiles./ Las espinas/son una herida de antaño,/ y las gargantas/ un girasol de pena/ en la huella violeta/ del invierno./Un ave hace un agujero:/ el destino dobla sus rodillas/ en un círculo de tiempo,/ y esculpe el hombre su celda/ en la espalda de la piedra".

El texto precedente ilustra dos rasgos característicos en la lírica de R. G., el verso libre y una ausencia de énfasis metafórico porque está privilegiada una expresividad inmediata por urgida. Estas formas de su escritura se integran naturalmente a lo enunciado y en lo esencial perduran en el segundo de sus volúmenes.

Importa advertir aunque fuere de paso, que "este espacio" donde nace una flor de sangre, es el espacio de la escritura y que el cambio de tiempo verbal está justificado porque es en el presente actual ficticio de la enunciación lírica donde las espinas "son" y donde "el destino dobla sus rodillas". Y es en ese presente que es el de la lectura y por ende el del propio lector, donde el hombre esculpe (esculpmos) su celda. Si la flor que nace asegura que la muerte no es en vano, las espinas que connotan el martirio paradigmático —el de Cristo—, aseguran que la redención aún no ha llegado. Por ello el destino a través de una casi personificación, dobla sus rodillas en implícita oración

pero en un tiempo circular porque el Cristo de ayer se repite en el asesinato de hoy.

Ahora bien, si vida-muerte es la dualidad inseparable que consagra y define al ser, la vida que se afirma en la matanza y en la guerra no puede ser otra cosa que una celda. Esa es la que esculpmos en la espalda de la piedra, en el hemisferio de silencio y oscuridad del mundo y de la "civilización". Por lo tanto habitamos en un mundo incompleto. En un solo hemisferio; falta poblar el otro con la palabra e instalarse en la paz.

"El Redentor" es un libro que reúne treinta y una poesías en verso libre. Pero la forma de escritura incluye una particularidad porque están comentadas y a veces ensambladas por doce textos en prosa. Ofrece por lo tanto cinco posibilidades de lectura cuyas variantes consagran la posibilidad de un perspectivismo enriquecedor (leer sólo las poesías, sólo las prosas; primero éstas, luego aquellas; o seguir el orden y sucesión que ofrece el libro).

Definiría a este libro como una oración lírica en verso y en prosa, entendiéndolo por prosa no sólo la forma natural u ordinaria del lenguaje escrito (aunque hay más que eso), sino también el sentido litúrgico del término que designa a ciertas partes habladas o cantadas de la misa.

Esa oración lírica de que hablo está enmarcada por dos textos, uno inicial que es "Credo", y otro final que es "Padre". Se trata de dos poesías emparentadas a la tipología del acróstico, y en las que se hace una paráfrasis de las dos oraciones capitales aludidas. Esa paráfrasis establece cuál es el ámbito asociativo del cuerpo del libro. Tal lo que pretendemos sugerir con el título de esta nota: "El Re(den)tor", porque hay implícita una acción rectora. Sin embargo ese ámbito aludido no es el del templo sino el de la sociedad de los hombres en su dimensión universal. Lo ilustro con una sola cita: "Palabra:/ tiempo de reunión donde los hombres". ¡Cuánto nos falta para ello! Pero no estamos solos: nos acompañan los poetas y su poesía.

Ricardo Pallares

